

Por José Fernández Vega\*

## UNA LIBERTAD MUY PARTICULAR

En la época de las revoluciones burguesas se exigían libertades; en nuestro tiempo diversos colectivos reclaman derechos. ¿Quién apela todavía a las libertades? Los que siempre se victimizaron por carecer de ellas. En otras palabras, la clase dominante pide libertad económica para el giro de sus capitales por el mundo. Se siente oprimida por el Estado regulador. Considera un acto de violencia que se le exijan explicaciones sobre la magnitud de sus bienes, su localización o sus movimientos. Ve opresivo que se le impongan tributos. Quiere, como en 1789, libertad, pero una libertad renovada. Esto significa que ya no ve en el Estado su garantía, sino la síntesis de aquello que la amenaza, a pesar de que se supone que lo controla.

Libertad, en esta versión, implica una desvinculación de la sociedad puesto que no se le debe nada. Y nada se espera de ella fuera de exacciones injustificables, además de antieconómicas, derivadas del rentismo inmoral de unas mayorías aprovechadoras, beneficiadas por el Estado a expensas del honesto, esforzado capital privado. Las masas, como siempre, pretenden igualdad, reclaman protección. El antiguo anarquismo de los de abajo se tornó, en otro cambio de centuria, anhelo de cobertura estatal y ampliación del campo legal. Ahora se llaman libertarios aquellos que, en nombre del capital emancipado, exigen deshacerse de la supervisión sobre sus riquezas.

Todo esto evidencia una extrema deriva individualista y economicista de una rama de los héroes modernos de la libertad: los liberales. Ellos constituyen una familia antigua, compleja y mal avenida, como todas, pero coinciden en la defensa del individuo, en la desconfianza hacia el Estado y en su rechazo a unas exigencias formuladas en nombre de una supuesta comunidad. Incluso quienes adhieren a estos postulados filosóficos, que quizá fueron también los de Freud, no pueden sino admitir que los individuos son siempre parte de una trama.

Pero una versión radical del liberalismo llega a afirmar que la sociedad no existe puesto que solo hay individuos. Es preciso reconocer, sin embargo, que fueron los liberales históricos

quienes nos enseñaron a defender la esfera íntima y las libertades civiles. Justamente, la pandemia desatada a fines de 2019 en China y difundida después por todo el mundo, puso en peligro esos principios. Tanto China como luego los países capitalistas y democráticos de Asia oriental irrumpieron en la esfera personal al utilizar tecnologías para evaluar el estado de salud de los individuos en espacios públicos y trazar sus desplazamientos y sus relaciones.

Fue la más vasta vulneración del dominio íntimo conocida en el mundo contemporáneo. En apariencia, el fin era noble: detectar a los posibles difusores del virus y proteger a los potenciales infectados y así también a toda la sociedad. Las actividades podían seguir adelante sin tener que ponerlas en cuarentena puesto que se conocía mejor el origen y la circulación de la amenaza viral. Al identificar a los vectores infecciosos, no todo el mundo tendría que ser confinado. La economía nacional sufriría menos; también la familiar.

En otras sociedades la libertad tambaleó por razones menos tecnológicas. Las cuarentenas estrictas fueron decretadas muchas veces por los poderes centrales de los países sin consultar a las regiones ni a los parlamentos. Los poderes centrales terminaron imperando. Sus primeras medidas se dirigieron contra los derechos constitucionales básicos: dificultaban el movimiento, prohibían la reunión y la protesta. Esencias de la libertad política quedaban suprimidas en nombre de la pandemia. ¿Sería solo una medida temporal?

La defensa de la libertad cívica fue, al inicio, el motivo de apenas unos energúmenos armados con fusiles automáticos en algún estado de EE. UU. Pero luego hubo protestas desde Madrid hasta Buenos Aires, siempre en los barrios más acomodados. El lema fue el mismo: libertad. La economía agonizaba, los principios constitucionales morirían con ella. El riesgo sanitario debía pasar a un segundo plano, porque la amenaza de una dictadura era más real.

La modernidad filosófica confrontó el mundo humano de la libertad con el de la naturaleza, gobernado por la necesidad, esto es, por leyes inexorables que, cuando se conocen, permiten

la previsión. Quienes no se avienen a las limitaciones que la incalculable necesidad natural impone a la libertad humana pecan de siniestros, como los hombres del rifle estadounidenses. Por el contrario, aquellos que solo ven relaciones armoniosas con lo natural terminan siendo ingenuos, puesto que parte de la naturaleza implica enfermedades y muerte.

Sería deseable que el enorme sufrimiento provocado por la pandemia obre al final efectos sociales benéficos. Las alteraciones profundas que genera pueden abrir nuevas perspectivas, superar el lugar común y liberar el camino para la imaginación política. Aunque esta sea sólo una posibilidad entre otras.

\* Investigador del Conicet y profesor de la Universidad de Buenos Aires (UBA), donde se doctoró en filosofía. Fue becario doctoral y posdoctoral del Servicio Alemán de Intercambio Académico (D.A.A.D.) en la Humboldt Universität de Berlin y Fulbright Scholar en The New School University de Nueva York y *visiting scholar* de la Princeton University.

Entre otros libros, publicó *Las guerras de la política. Clausewitz de Maquiavelo a Perón*, Edhasa (2005); *Lugar a dudas. Cultura y política en la Argentina Las cuarenta* (2011) y *Francisco y Benedicto. El Vaticano ante la crisis global*, Fondo de Cultura Económica (2016).